

# Recuerdos de mi barrio: memoria familiar e identidad

Mario Camarena Ocampo\*

**RESUMEN:** *Este artículo reconstruye la memoria de las familias trabajadoras de la fábrica textil La Fama Montañesa (ubicada en el sur de la ciudad de México), entre 1940 y 1970. Estas memorias muestran cómo funcionan los recuerdos en la construcción de la historia familiar. Se responderán dos preguntas esenciales: ¿qué es la familia de los trabajadores textiles? Y ¿qué contiene la memoria de estas familias?*

**ABSTRACT:** *This paper reconstructs the work memory of the families of the textile factory La Fama Montañesa (located in the south of Mexico City) between 1940 and 1970. These memories help to see how the regards come in the construction of the families history. Two essential questions will be made: What is the textil labor's families? And What is the contents of the family memory?*

La historia oral mantiene una relación privilegiada en el escrutinio de las islas de la memoria y en los océanos del olvido. La memoria y el olvido son la clave en la identidad de las familias de los trabajadores textiles. El placer del recuerdo de los obreros está enmarcado en el sosiego de todos aquellos elementos que identifican a esas familias y le dan un sentido de pertenencia al grupo social del que forman parte; los trabajadores recorren su pasado, orgullosos de las costumbres y los vínculos con sus parientes, identificándose como familia obrera.

El recuerdo familiar es socialmente aceptado por el individuo y por su grupo, pero no se puede entender la memoria sin el olvido. Ambos elementos son necesarios para reconstruir sus experiencias: se olvidan los rompimientos entre los integrantes de la familia y los conflictos que rompen su identidad, omitiendo también los sucesos que rebasan las normas establecidas y que no quieren recordarse. Así, la memoria del pasado ayuda o impide vivir en familia: “yo no podría vivir si tuviera presente mi niñez, que fue muy traumática, tuve un papá muy cabrón” [Elena]. En el relato siempre hay una estructura que permite escuchar los elementos que rompen la cohesión del grupo y los individualizan, evitando el alejamiento del cobijo familiar.

La memoria familiar es poco vistosa para los historiadores tradicionales, aunque es parte primordial de la intimidad del grupo familiar y despierta interés en ciertos

\* Dirección de Estudios Históricos del INAH.

académicos. Los recuerdos importantes en la vida de una familia tienen que ver con sus orígenes, sus parientes y amigos, su casa, los espacios de reunión familiar y los conflictos con la comunidad. En apariencia, estos hechos son insignificantes pero al ser transmitidos y conservados de generación en generación, protegidos por su propia insignificancia, se constituyen en elocuentes monumentos de la cohesión familiar. En cambio, esos momentos que rompen con la unidad de la familia son olvidados: separaciones matrimoniales, embarazos antes del matrimonio, amasiatos, pleitos entre hermanos y actitudes mezquinas de algunos de sus miembros.

No es extraño que una institución como la familia propicie el recurso permanente de la memoria, pues de lo contrario dejaría de existir: no hay familia sin memoria. La memoria colectiva es un saber familiar de gran orgullo [Hernández, 1984:11-25; Altamirano, s/f; Radkau, 1984], el cual provee un marco de normas, reglas y expectativas de acuerdo con su pasado; por otro lado, los individuos eligen de acuerdo con los valores que se les han transmitido, preocupados por conservar la identidad familiar obrera. Entre las familias que permanecieron en el barrio La Fama opera una tradición obrera, ya que los hijos también trabajaron en la fábrica textil llamada, orgullosamente, La Fama Montañesa; sus padres les enseñaron el oficio y el comportamiento de los obreros, pero también buscaron que fueran profesionistas bien formados. Ser profesionista era una de las grandes metas para los hijos:

Él me llevó a la fábrica en el momento en que en el Poli había una huelga; mi papá me llevó a trabajar a la fábrica, ni me pagaban pero aprendí cómo era el ambiente de la empresa; así que continué con la escuela [Antonio Espinosa Hernández, 25 de noviembre de 2000].

El recuerdo del sufrimiento de los padres llevó a consolidar una memoria familiar que es transmitida a los hijos. Con el testimonio anterior un joven aprendió el futuro que le esperaba como obrero. Así, recordar constantemente los episodios familiares produce temas de reflexión, formación y cohesión.

La memoria familiar no es un recuerdo estático sino una construcción de cada grupo social que tiene sus propias fronteras conforme el momento histórico que se vive. No se encuentra definida sino que en el transcurso del tiempo se transforma según las expectativas de vida y los contextos en los que se crea. La memoria-olvido tiene un sentido histórico que cambia de acuerdo con el contexto de la familia, es decir, en el transcurso de la vida familiar no hay sólo un recuerdo sino que éste se modifica conforme las condiciones imperantes, así, en ciertos momentos el olvido se convierte en recuerdo y viceversa. El recuerdo es una constante recreación de la familia.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Los testimonios presentados son de ex obreros textiles de las fábricas de La Fama Montañesa. Son hombres y mujeres de entre 30 y 70 años de edad. Estos relatos fueron comparados con otros realizados en la década de los ochenta, entre los cuales se pueden apreciar los cambios y las continuidades del discurso. Las entrevistas fueron realizadas por el Colectivo Fuentes Brotantes.

La principal fuente de este ensayo está constituida por varias entrevistas elaboradas por los participantes del taller de historia oral del barrio La Fama Montañesa, de la delegación Tlalpan. Entre los años 2000 y 2001 se llevó a cabo un proyecto cuyo objetivo fue que los habitantes de este barrio elaboraran su propia historia y sus propias fuentes mediante la historia oral. Las entrevistas fueron hechas por la comunidad y tienen la intención de rescatar la vivencia de la gente dentro y fuera de la fábrica. Analizar estos textos permite hablar de un tiempo generacional y familiar para profundizar en procesos generales de la formación de la clase obrera.

Entre las décadas de los treinta y los ochenta, las familias se componían de aquéllos que vivían y trabajaban en la misma fábrica, compartían las mismas normas en el trabajo y los valores religiosos, es decir, lazos consanguíneos y rituales entre los miembros de un mismo grupo de trabajadores, reforzados por actitudes y costumbres que los identificaban entre sí y los separaban de otras familias del barrio. Eran familias de obreros de segunda generación que dependían exclusivamente de su salario para sobrevivir: “Mi papá, mi mamá, mi tía, mis tíos, tanto por parte de mi papá como por parte de mi mamá, todos eran obreros. Soy hija de obrero” [Virginia Olvera, marzo de 2001]. Era un mundo determinado por la fábrica; acompañado por el poder del sindicato que marcaba el comportamiento de los obreros en los espacios extrafabriles, que eran parte de la vida de los trabajadores.

El binomio fábrica-sindicato es la clave para entender a los obreros del siglo xx. En las primeras décadas de ese siglo las fábricas comprendían la unidad de producción y los espacios de vivienda de los trabajadores controlados por la empresa, por eso eran llamadas fábrica-pueblo, y se caracterizaban por la presencia de iglesias, casas, escuela y tiendas. En la década de los veinte, la empresa comenzó a compartir su poder con el sindicato por medio de contrataciones y ascensos, y fuera de la fábrica absorbía los asuntos de las festividades, viviendas y diversiones. El poder del sindicato se cristalizó en la década de los cuarenta, ya que tuvo injerencia en gran parte de los aspectos familiares. En este contexto transcurría la vida de los obreros y los conflictos eran principalmente contra el sindicato, que representaba una estructura de poder en la fábrica [Radkau, *op. cit.*; Archard, 1984; Durand, 1986].

Reconstruir la historia de las familias inmersas en el trabajo textil permite ver cómo actúa el recuerdo en la construcción de la historia familiar, para lo cual se deben responder dos preguntas esenciales: ¿qué es la familia obrera textil? Y ¿cuál es el contenido de la memoria familiar?

El rescate de la memoria que han realizado los habitantes del barrio La Fama se ha materializado en entrevistas orales que contienen relatos de la vida familiar de los obreros en un contexto de conflicto interno. En 1939 hubo un problema inter-sindical por la disputa de la titularidad del contrato colectivo de trabajo entre la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM) y la Confederación de Trabajadores de México (CTM), lo cual devino en una pugna entre los propios

trabajadores: la CROM ganó la titularidad y a los obreros que apoyaron esa organización sindical se les comenzó a conocer como los “los leales” y a los contrarios (de la CTM) se les llamó “los chaqueteros”; estos últimos sufrieron represalias que consistían en el hostigamiento, el despido y la expulsión de sus viviendas.

Los relatos de estos conflictos se han rescatado mediante entrevistas a los perdedores de esa disputa, quienes hablan de los problemas que tuvieron cuando los despojaron de sus viviendas y quedaron excluidos de la vida comunitaria del barrio. En medio de este conflicto tan excluyente se apreciaban las relaciones sociales (reuniones en la cantina, festividades familiares y religiosas, etcétera).

Los padres de familia obreros no quisieron para sus hijos el estatuto de “chaqueteros”: “no querían que sufriéramos lo que ellos habían sufrido” [Antonio Espinosa Hernández, 25 de noviembre de 2000] e hicieron lo posible para que se convirtieran en profesionistas (ingenieros, historiadores, administradores, actores, músicos) pero, al mismo tiempo, los entrevistados expresan gran orgullo de ser hijos de obreros y se reconocen a sí mismos como personas de ese origen. Ese orgullo y esos sentimientos son el telón de fondo de los relatos.

### ¿QUÉ ES LA FAMILIA DE LOS TRABAJADORES TEXTILES DE LA FAMA?

Durante las entrevistas se obtuvieron diferentes relatos que tocan experiencias muy diversas, no obstante, muestran una gran similitud en los temas y en la forma de contar sus vivencias. La primera y más obvia similitud es que son familias de obreros textiles de segunda generación que deben su experiencia al hecho de haber nacido y vivido bajo un mundo cincelado por la fábrica, donde los horarios, la recreación, las relaciones sociales y la vivienda son determinados por la empresa y el sindicato.

Las familias obreras de La Fama dependían completamente de los salarios aportados por el padre y la madre para su sustento; es decir, del ingreso que obtenían en la fábrica. La esposa-madre era la autoridad dentro de la casa: asumía las funciones domésticas —que no se reducían al cuidado de la casa sino al gobierno de la misma y a la educación moral y formal de los hijos— y, además, cumplía con su jornada de trabajo en la fábrica, ya que su salario era necesario. Al respecto puede observarse un cambio: anteriormente, una madre de familia artesana que trabajaba su doble jornada en la casa, ocupaba gran parte de su tiempo en educar a sus hijos, incluso en el trabajo. Actualmente, en las familias obreras las mujeres pasan la mayor parte del tiempo (jornada de ocho horas, horas extras, etcétera) en la fábrica, por lo cual se reduce el tiempo para los hijos; por otra parte, según los relatos, las madres de familia son quienes ven en la educación la oportunidad de ascenso social para sus hijos, lo que ellas y sus esposos no tuvieron.

El papel del padre en las familias de los obreros textiles era muy difuso; los relatos de La Fama se reducen a destacar su importancia como proveedor de la

casa, aunque se reconoce la autoridad y su importante papel de representación que tenían.

Los hijos tenían una función concreta: apoyaban a los padres en algunas actividades de la fábrica y, sobre todo, en las labores domésticas. Al respecto, el siguiente testimonio es muy ilustrativo:

Mientras mis papás se iban a trabajar, mi hermana la grande era la que guisaba y mi mamá ponía desde un día antes el nixtamal para tres días, que había que llevar a moler; y mi hermana Jovita, que tenía unos 14 años, le hacía de mamá, y entonces ella nos guisaba y nos hacía la comida, y después ya fue mi hermana Chela, porque mi hermana [Jovita] murió [Gilberto Espinosa Hernández, 6 de enero de 2001].<sup>2</sup>

Los niños eran los encargados de llevar la comida para sus padres a la fábrica:

Mi hermano Gilberto salía corriendo [...] [cuando sonaba el silbato] ¡a correr a la fábrica!, mi hermano algunas veces se regresó con los tacos porque no llegó [a tiempo], ¿se imagina?, pues se quedaban sin comer, [porque trabajaban] en el segundo [turno] [Antonio Espinosa Hernández, enero de 2001].<sup>3</sup>

La formación de los hijos era parte importante de la vida familiar, en la cual la educación escolar tuvo un lugar destacado. En todos los relatos los informantes señalan que terminaron los seis años de la primaria y algunos continuaron estudiando hasta la educación profesional: “Mi educación primaria la recibí en la Fernando Uzueta, a donde fuimos la mayoría de [los de] aquí”. Ésta era una escuela que las personas sentían como parte de la fábrica: “Vivíamos y estudiábamos aquí” [Necoechea, 1984].

La educación escolar destacó en la nueva sociedad fabril. A partir de este cambio, las familias concibieron a la escuela como un medio de superación para los hijos que complementaba y, en algunos casos, sustituía la enseñanza de los padres, lo cual modificó la relación entre padres e hijos. A pesar de la reticencia inicial, los padres muestran interés por la educación de los niños, con el argumento del gran cariño que les tienen [Ariés, 1998:11 y s].

Otro aspecto de la vida escolar que se desprende de los relatos es la fuerte relación con los maestros, quienes aparecen en sus recuerdos como figuras de gran autoridad. Sus consejos, regaños y castigos influyeron en el rumbo de los niños del barrio y queda claro que la escuela no era algo impersonal, pues sus nombres y características particulares son recurrentes en los relatos. La figura del maestro era semejante a la de un padre al que debían obedecer [Necoechea, *op. cit.*:85-101].<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Entrevista realizada por el Colectivo Fuentes Brotantes y Mario Camarena Ocampo.

<sup>3</sup> Entrevista realizada por el Colectivo Fuentes Brotantes y Mario Camarena Ocampo.

<sup>4</sup> Entrevista realizada a Gilberto y Antonio Espinosa Hernández por el Colectivo Fuentes Brotantes y Mario Camarena Ocampo en enero de 2001.

Otro elemento importante en los relatos es la filiación con el lugar de nacimiento: el haber nacido o no en el barrio La Fama, lo cual es un marco de referencia y da un sentido de pertenencia a un lugar con características muy particulares para la familia obrera.

Yo nací aquí, por aquí, justo frente de Aurrerá en Insurgentes Sur; ahí estaban unas casas y les tocó a mis padres. La fábrica contaba con mucho espacio, muchos terrenos baldíos. Mi papá se llamaba Antonio Espinosa Amantes y mi mamá Justa Hernández Vargas; mi papá era de San Andrés, mi mamá fue de Villa, del Estado de Hidalgo, pero después de casados siempre vivieron en La Fama [Gilberto Espinosa Hernández, abril de 2001].

Si bien algunas personas no nacieron en el barrio de la fábrica, la gente se identifica con él por medio de sus padres y por haber vivido siempre ahí:

Yo nací en Iztapalapa, pero soy de La Fama; me trajeron muy pequeñita de allá, recién nacida casi; soy de aquí, no de allá. Y yo soy de aquí porque siempre he vivido y trabajado en la fábrica y mis papás y abuelos son de aquí [Virginia Olvera, abril de 2001].

En los relatos hablan de sus antepasados y parientes (abuelos, padres, tíos, hermanos, etcétera); mencionan, por una parte, datos tan valiosos para la vida cotidiana como el llevar el mismo nombre de pila de sus antepasados, los oficios fabriles de éstos (tejedor, hilandero, etcétera), el hecho de habitar en un lugar preciso del barrio (Camisetas, Chino o La Fama) por más de una generación y mencionan el matrimonio civil como algo importante.<sup>5</sup> Así, se configura un cuadro estable del pasado familiar que determina los nexos con generaciones anteriores y actuales y que los unifica y les permite formar parte de una comunidad extensa con características obreras, con lo cual pueden enfrentar problemas comunes:

Yo recuerdo que mi madrina, que era una obrera textil, nos apoyó cuando nos cambiamos de casa, ya que los alineados al sindicato no querían que nos la dieran e iban a tratar de impedir que tomáramos posesión. Había problemas para pasar con el camión de transporte que llevaba nuestras cosas [pues] decían que iban a poner[se] duros todos para [impedirnos] pasar. Entonces, el ingeniero de obra ofreció a mi mamá y a la familia llevar un grupo de albañiles para oponerse al grupo de obreros que nos estaban esperando en la plazuela [...], ese día me acuerdo que mi madrina iba muy... muy acá [...] echando porras; no sé, [ella] era medio... muy especial. Mi madrina era de aquéllas que decían groserías, era muy bravita [Antonio Espinosa Hernández, abril de 2001].

La mayoría de los trabajadores se incorporaron a las empresas por una recomendación o por la presentación de un padre, padrino o compadre ante el sindicato, de otra manera no se podía ingresar. En la fábrica el portero decía: “aquí

<sup>5</sup> Este dato es trascendente porque es la primera referencia de que el matrimonio civil haya sido aceptado desde la promulgación de la Ley del Matrimonio Civil en 1859.

trabaja pura familia". La identidad familiar estaba expresada por el parentesco, por los vínculos de la sangre y por un mismo origen social y geográfico; de esta manera, el grupo social se encontraba unido por un pasado común que otorgaba una identidad.

Así, mediante la transmisión oral los padres inspiraban a sus hijos el deseo de emular a sus antepasados y les inculcaban las ventajas de pertenecer a una familia de trabajadores que siempre había luchado por superarse. Estas narraciones tienen su origen en generaciones anteriores y describen cómo transitaron de un mundo rural a uno obrero, en el cual obtuvieron un buen puesto en la fábrica y alcanzaron el nivel de "maestros" o desempeñaron cierta labor en el sindicato. Actualmente, sus hijos son profesionistas "porque fueron a la universidad"; es decir, los padres heredaron a los hijos una tradición de lucha y superación que finalmente se tradujo en dejar de ser obreros. Paradójicamente, junto con el orgullo de su pasado obrero está el menosprecio hacia aquéllos que no lograron la superación deseada y siguieron como trabajadores de fábrica.

Los lazos de identidad se fortalecían por la unión matrimonial entre personas del mismo barrio. "Cuando tenía 20 años y trabajaba en la fábrica, me casé con Miguel Hernández Chávez, que era obrero también, y no dejé el trabajo y él tampoco" [Virginia Olvera, abril de 2001]. Los externos eran mal vistos y cuando jóvenes de otros lugares visitaban a las muchachas, en la mayoría de los casos eran retados a golpes o apedreados: "Desde la parte alta los veíamos venir y al pasar les aventábamos piedras, casi siempre les atinábamos" [Sofía Rojas, junio de 2001]. Por eso, cuando las muchachas tenían algún novio que no fuera del barrio, debían verlo en otro lugar, a escondidas. En los pocos casos que optaron por vivir juntos los varones se tenían que robar a las jóvenes porque no contaban con el consentimiento de los padres.

Las entrevistas sugieren relaciones endogámicas condicionadas por el hecho de ser trabajadores de la fábrica: casi todos son hijos de obreros que se casan con otros hijos de obreros:

En el barrio de La Fama son muy unidos, eso también quería decir [que] las muchachas de La Fama [eran] para los muchachos de La Fama. Era una ley que imperaba ahí en la colonia [...] que cualquier desconocido que subía, enseguida bajaba por los piedrazos que le acomodaban. Sí [risas], entonces nosotras, como dicen, nos queríamos pasar de listas, de llevar novios o enamorados de otro lado, no podíamos porque [...] no los dejaban subir. Yo me acuerdo que una vez me llevaron una serenata e iban dos con guitarra, pero no me cantaron más que una canción, porque a la segunda que quisieron interpretar nomás se oyeron los piedrazos y amanecieron los pedazos de guitarra [al] otro día; así que a nadie le quedaron ganas. Así que cuando teníamos una galán de otro lado, pus lo veíamos lejos de La Fama, ya cuando entrábamos a la colonia, ¡hasta luego! [Sofía Rojas, junio de 2001].

Así, el ámbito de la reproducción de la clase obrera textil estaba determinado por las características de las familias y por la manera de concertar los matrimonios. Se heredó el oficio pero también las tradiciones y los valores del ser obrero, lo cual formaba parte de la memoria familiar. Clase y familia obrera no se podían separar, ya que eran fundamentales para su caracterización. En estos barrios había un personaje omnipresente: la fábrica; ésta y las relaciones sociales que ocurrían en su interior eran importantes en la reproducción del parentesco y de las relaciones familiares.

Entre la fábrica y la comunidad del barrio obrero había una interacción constante y fundamental para las relaciones familiares y de parentesco; de tal manera, las uniones de las nuevas familias provenían de la fábrica y, a su vez, el trabajo en la fábrica provenía de las relaciones familiares y de parentesco.

El binomio fábrica-familia era fundamental en la reproducción de la clase misma y generaba un aislamiento al no permitir que personas externas participaran en ella; es decir, el barrio tenía un fuerte sentido de identidad debido a sus relaciones familiares y de parentesco que delimitaban el territorio. Estos elementos y valores simbólicos definen la identidad del barrio e influyen en las familias.

#### LA CASA Y EL BARRIO

La casa es el espacio familiar físico y simbólico por excelencia donde se entretienen las relaciones familiares y se construye el sentido de pertenencia; en el interior de la casa desaparece el individuo y prevalece el grupo familiar: el individuo no es Antonio ni Gilberto sino los Espinosa.

La casa no sólo es una guarida protectora contra las inclemencias del clima sino un espacio en el que se encuentra seguridad, protección física y emocional, pero lo más importante: un sentido de pertenencia y apego a un grupo de personas encabezado por la madre trabajadora, de ahí la importancia de tener una casa y la lucha de las mujeres por obtenerla.

El sindicato siempre moliendo y moliendo, “es que esa casa no les toca a ellos, se las tienen que quitar”. Yo me acuerdo que en las oraciones que de niños decíamos, siempre pedíamos que no nos quitaran la casa, afortunadamente no fue así. Dionisio Sánchez, líder del sindicato de la CROM, les dijo en la asamblea que Justa había sido trabajadora desde 1916, y que se estaban muriendo de hambre sus hijos [por lo que] le tocaba una casa. Y nos quedamos con ella; después de esto ya nadie se opuso o quiso quitarnos la casa, aunque supuestamente éramos chaqueteros, así se les llamaba a mi familia; pero mi mamá decía que no podía ser [que nos la quitaran] porque nosotros siempre hemos sido gente de trabajo, y por desgracia nos tocó estar del lado opuesto de los de la CROM [Antonio Espinosa Hernández, mayo de 2001].

Las casas eran para los trabajadores de la fábrica:



La fábrica acostumbraba a dar vivienda a sus obreros: hicieron las casas de Chilalpa, el barrio Chino, [que estaba] pegadito a la fábrica. Otros terrenos que están sobre la avenida del trabajo que estaban junto don Ángel Luna, en donde fueron colocando a los trabajadores a través del sindicato, me acuerdo que afortunadamente no nos costó nada, creo que ni el trámite de la propiedad [Antonio Espinosa Hernández, mayo de 2001].

El sindicato reglamentó el uso de las viviendas, por lo que hubo un mayor control de las casas y las calles.

La mayoría de los trabajadores vivían en las casas que otorgaban las empresas mediante el sindicato; en ellas no había privacidad, ya que todos eran observados por la comunidad. El ámbito de la casa y la vida de sus habitantes era vigilado y sancionado por los vecinos; los ojos y oídos estaban siempre atentos a los comportamientos de la gente y a los comentarios del vecindario, pero quien así miraba sabía que también era mirado y vigilado. Las discusiones conyugales, los amores clandestinos, las fiestas ruidosas, los niños escandalosos: todo se sabía, se oía y se juzgaba. Este importante hecho social era aprovechado por el sindicato, que estaba formado por vecinos de los trabajadores, quienes impartían justicia y sancionaban a los obreros. Nada de lo que sucedía en el vecindario era ajeno a los ojos del líder sindical, el encargado de buscar la armonía del barrio.

El comité sindical conocía muy bien a los habitantes del barrio, recogía las murmuraciones y los chismes que circulaban en las calles. Al mismo tiempo, los sindicalistas tenían una posición forzosamente cercana a su población, pues eran los depositarios de su esperanza, sus preocupaciones, sus peticiones, su demanda de protección y su indignación. Los miembros del comité sindical fueron la autoridad frente a cada trabajador y ante los vecinos del barrio fabril, por tanto, los trabajadores buscaron sus propios espacios donde ejercer sus normas y costumbres: la calle, ciertos solares y el río. Así, la casa daba un sentido de pertenencia a un grupo familiar pero se ubicaba dentro de un barrio con determinadas características. Barrio y casa formaban una frontera no definida en la vida de los obreros.

Las casas eran el centro de convivencia de la familia, donde comían, dormían, se trasmitían los valores y normas y donde se inculcó el respeto por los valores católicos de acuerdo con sus creencias y costumbres; se enseñó la fe y la devoción por el santo patrono. En la casa se trasmitía la idea de que la sociedad clasista era natural, por lo que debían resignarse a su vida miserable sin intentar la transformación de las estructuras sociales, aunque de hecho se les educaba para la superación personal [Villafuerte, 1998].

#### LAS COSTUMBRES DE LA FAMILIA

Las relaciones así establecidas eran reforzadas y ampliadas por otros elementos. Los individuos de una misma familia compartían costumbres que afirmaban sus vínculos

y recreaban una identidad familiar. Puesto que la mayoría tenía una tradición obrera, sus costumbres también se asemejaban a un grupo más amplio de trabajadores textiles. Así, las familias se identificaban por las costumbres que compartían: fiestas, comidas, recuerdos y su relación con el agua. Su forma de vida los llevó a mantener determinados comportamientos en la cotidianidad, integrándose como grupo: eran los cimientos de una familia de trabajadores.

Así, en los relatos familiares el “nosotros” está definido por los vínculos consanguíneos y espaciales (la casa), los cuales se manifestaban en grandes momentos en donde todos los miembros de la familia debían estar presentes: la fiestas.

Las fiestas refrendaban la unidad familiar y estaban permeadas por el catolicismo. Los grandes momentos de la vida de las familias llevaban consigo un ritual religioso y una fiesta: el nacimiento se expresaba en el bautizo del recién nacido; la madurez, en el matrimonio; finalmente, la muerte, en los últimos sacramentos, que marcan la entrada a un “mundo mejor”. La participación de la familia en estas celebraciones ayudó a refrendar una unidad, un orden social y moral.

Las creencias religiosas eran símbolo de unidad en las familias y fueron parte importante en la continuidad de los nexos familiares, ya que se refrendaba el pasado en el presente. De hecho, daban un sentido de pertenencia al grupo. Don Juan comentó que al cumpleaños de su papá asistían tíos, abuelos, hermanos y primos, y aquéllos que no iban eran mal vistos. Aunque acudían personas que no eran parte de la familia, eran incorporados en los momentos de participación en esas reuniones.

Las familias tenían su propia manera de vivir la fe y de manifestarla con sus fiestas, en particular la de los santos patronos, parte esencial de su identidad. Esta religiosidad se basaba en el culto a los santos, mediante los cuales se establecía el vínculo con el universo divino. De esta manera, el santo patrono encarnaba la devoción de la comunidad doméstica y los miembros de la familia se identificaban con él. Así, la memoria, lejos de oponer el pasado al presente, parecía prolongar la memoria colectiva que aparecía como un pasado actual, refrendándose en cada festividad familiar.

La comida también ocupaba un lugar importante. Parte de la integración de ésta giraba en torno a la sencilla pero esencial actividad de comer, en la que sólo se sentaban en la misma mesa los familiares y parientes. De hecho, una de las razones para reunirse en determinados momentos festivos era compartir un platillo especial para ese momento. Un trabajador textil comentó que en días festivos preparaban una comida propia de esa celebración familiar. La comida marcaba diferencias y, por consiguiente, excluía a quienes no compartían este gusto por ciertos guisos y sazón. Además, significaba un momento de comunión en el cual se recordaban los grandes acontecimientos de la historia familiar y se fortalecía el sentido de unidad.

La solidaridad se desprendía de la conciencia de ser semejantes; era una extensión de las obligaciones que acompañaban al parentesco. La familia se apoyaba

materialmente en momentos de crisis, por ejemplo, cuando no había trabajo: “se les ayudaba a encontrar otro. Como fue el momento en que paró la fábrica la gente fue a trabajar a otros lugares con el apoyo de los familiares” [Sofía Rojas, julio de 2001].

Los miembros de las familias obreras demuestran su confianza en la reciprocidad, reconocen que compartían un modo de vida. Las palabras y los hechos afirman la importancia de la identidad, surgida de los lazos primordiales y las costumbres en la creación de un sentimiento familiar.

## BIBLIOGRAFÍA

### **Altamirano, Graciela**

s/f “El libreto familiar en la historia oral”, en de Garay, Graciela, *Cuéntame tu vida. Historia Oral: historia de vida*, México, Instituto Mora.

### **Archard, Peter**

1984 “La fábrica textil y la formación de la clase obrera mexicana/1830-1920. Algunos problemas teórico y metodológicos”, en *Boletín del CEMOS/7 Memoria*, vol. 1, núm. 7, abril-diciembre, pp. 149-159.

### **Ariés, Philippe**

1998 *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, México, Taurus, pp. 11-12.

### **Durand, Jorge**

1986 *Los obreros del Río Hondo*, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 244 p.

### **Hernández Farfán, Justa**

1984 “Mi vida como obrera”, en *Relatos obreros Mexicanos*, tomo 1, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo, SEP, pp. 11-25.

### **Necoechea, Gerardo**

1984 “Mujer, trabajo y familia”, en *Historias 7*, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, octubre-diciembre, pp. 85-101.

### **Radkau, Verena**

1984 “La fama” y la vida. *Una fábrica y sus obreras*, México, CIESAS, Cuadernos de la Casa Chata, núm. 108.

### **Villafuerte, Lourdes**

1998 “Lo que dios mande. Dos formas de entender la vida familiar”, en *Seminario de historia de las mentalidades. Casa, vecindario y cultura en el siglo XVIII. VI simposio de historia de las mentalidades*, México, INAH, Serie Antropología Social, pp. 153-167.